

Síntesis Mundial

EDITORIAL



Un acuerdo colosal

En su libro "Planeta sediento, recursos menguantes", Michael T. Klare se pregunta "¿Cómo es que la energía ha llegado a desempeñar un papel tan crucial en los asuntos mundiales?" y tan determinante "para el funcionamiento correcto de la economía mundial". Klare incluso argumenta que el control sobre los recursos naturales, principalmente sobre el gas y el petróleo, ha desplazado en segundo plano la importancia de poseer o no arsenales militares. Puede ser un argumento muy debatible. Sin embargo, basta con mirar cómo ha cambiado el tablero mundial en lo que va del siglo XXI, quiénes ascendieron o a quiénes les cuesta mantener su mismo poderío. Dentro de aquellos que ascendieron se encuentran los "Petroestados" o "Petropotencias". Estos Estados que ostentan poder por la posesión de recursos energéticos, ya han comenzado a mover sus fichas en el tablero de juego. Rusia es uno de ellos.

Después de una década de negociaciones, finalmente Rusia logró sellar un acuerdo de gas con China o el gigante asiático chino. No es para nada casual que Moscú pretenda fortalecer lazos con ciertos aliados energéticos en medio de la crisis con Ucrania, situación que involucra también a los países europeos. Hacia fin de mayo, Putin se reunió con su contraparte chino, Xi Jinping. Este encuentro no es uno más dentro de la seguidilla de cumbres entre mandatarios rusos y chinos en la última década. Sino que el mismo, imprime una alianza energética de suma importancia en un contexto mundial de mucha inestabilidad en el que la confianza mutua entre dos naciones se ha vuelto un bien muy preciado.

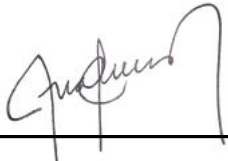
Los intereses mutuos de las dos potencias emergentes confluyen una vez más. China finalmente acuerda, deseosa de asegurar su abastecimiento energético para así garantizar su crecimiento económico. Y Rusia logra consolidar la proyección asiática de su estrategia energética externa en vista de disminuir la de-

pendencia de su tradicional cliente, Europa. El pacto es un mero reflejo de una asociación estratégica entre dos ex rivales del orden internacional.

El colosal acuerdo involucra a dos grandes compañías estatales: la rusa Gazprom y la Corporación Nacional de Petróleo de China (CNPC). Esto también refleja la indiscutible relevancia que tiene el control estatal de los recursos naturales, especialmente los hidrocarburos, tanto para la elaboración de su política interna como así también externa. Por los siguientes 30 años, la estatal rusa suministrará 38.000 millones de metros cúbicos de gas natural por año a la segunda economía mundial desde 2018.

No es adrede que el gas con destino a China provenga de Siberia Oriental y Lejano Oriente, al igual que el petróleo que ya fluye por el oleoducto ESPO (Eastern Siberia-Pacific Ocean). Durante los últimos años Moscú ha buscado convertir en un nuevo centro de producción industrial a esas zonas tan recónditas de su territorio, pero que a su vez resultan muy estratégicas para los mercados asiáticos por su proximidad geográfica, e incluso para los Estados Unidos y otros países del Pacífico. Rusia sabe que sin inversiones chinas esto no se podría lograr. Pero conoce la apuesta de Pekín a consolidar la presencia de sus capitales en todos los rincones del mundo.

Tampoco es casual que la diplomacia del Kremlin haya logrado este acuerdo en una coyuntura incierta con respecto a las relaciones de Moscú con Bruselas y Washington por los eventos ocurridos en territorio vecino y por las sanciones económicas y políticas que Occidente impuso a Rusia. Más aún cuando uno de los puntos más álgidos en el vínculo con Ucrania sigue siendo el transporte de gas natural. Ante este déjà vu la gigante Gazprom y el gobierno ruso no pueden permitirse nuevamente correr el riesgo de enormes pérdidas. Por eso Putin optó por ir a lo seguro: China, el segundo consumidor mundial de energía.



Lic. Ana Lucía Mucci